



Armas recibidas  
Agosto 22/1921

1

Escuela N.º Elem. N.º 23 -

Apuntes del Folkllore Arg.

Elvira A. Scola de Villalonga



C. del Uruguay - E. Riv. 2  
Barrio (San Clemente)

## La adivina de Rancagua (Leyenda americana)

Viajeros que cruzáis la quebrada de Rancagua, si os sentís fatigados, ni os sorprende la noche ó la tormenta, refugiáos en la misera, pero segura cabaña que, al pie de la quebrada oculta un pequeño bosque: mirándola desde lo alto de la cordillera, parece una blanca gacina dormida sobre un canto de esmeralda. Entrad y en ella hallaréis a un octogenario "roto" que os contará esta leyenda: oídla:

Contóme mi abuelo, guerrero del general O'Higgins que a las tres de la tarde del 2 de Octubre de 1814, la plaza de Rancagua empezó a arder, incendiada por las tropas de Osorio. Mi abuelo, estuvo en aquella jornada y fué testigo de lo que cuentan mis labios. El fuego reducía a pavesas las trincheras: una espesa y ancha columna de humo oscurecía el cielo: la mole de la cordillera parecía un sangriento gigante europeo. Los españoles atacaban por todas partes a los defensores que rendían caro cada palmo de terreno. Más de la mitad de éstos habían sucumbido ya y los que quedaban carecían de agua y municiones,

Escuela Elem. Naz. N.º 23

Maestra - Elvira A. Sola de Villalonga  
Promocion que la cursó - Eduardo P. Rossi -

y ahogabalos el humo.

Los gritos, los hurras de los atacantes y atacados, el tronar de los cañones, el choque de las armas, el ruido de clarines y tambores, el estrépito de las trincheras que se desplomaban, formaban un concierto infernal que parecía estremecer en sus cimientos esa enorme presa de las llamas. O'Higgins miró a su alrededor y vio a sus bravos que, en número de 500, lo rodeaban ansiosos.....

El fuego seguía avanzando: el momento era decisivo. Un grito desgarrador, prolongado, atravesó el espacio.

- ¡La adivina Sparii, la adivina Sparii! - exclamaron cien voces, señalando el sitio de incendio.

Como una evocación fantástica surgía de entre los escombros, la cihueta de la vieja adivina de la quita de Uaiiso. Desgrenada, andrajoza de amarillentos y descarnado rostro, los ojos fuera de las órbitas, como dos carbones encendidos, llegó hasta donde estaba el general. Los soldados la rodearon.

- Cacique Bernardo, cacique Bernardo - gritó la adivina dirigiendo hacia el jefe sus desmenuados y huesosos brazos, al par que se desploma-



ba en un estremecimiento supremo. La hija del cacique Tucatel, ha sido herida por los hombres de la raza que aborrezco. . . . la adivina de las selvas negras se muere, véngala: acuérdate que ella te ha tenido entre sus brazos muchas veces cuando los sauces de mi gruta no tenían ramas aún. . . . Grande será tu destino, cacique Bernardo. Lo he leído anoche en el vuelo del viejo condor del picacho de mi gruta: acuérdate de los hijos de las selvas. Tu salvarás a la patria. Vete con tus guerreros allá tras de esa cordillera donde el destino está amantando un cachorro de león nacido en los bosques misioneros: él te enseñará a luchar y a vencer: volverás con él a esta tierra y la conquistarás. . . . ¡Ay! cacique, adiós; no puedo más. . . . me muero. . . . el fuego. . . . el fuego. . . .

Un estrepito coloral ahogó la voz de la adivina. La última trinchera se derrumbaba.

O'Higgins quitó a los cueros: ¡Dragones de Chile, sable en mano y a la carga! — La desesperación alentó a esos 500 leones. Como un turbión, avasallador, arremetieron furibundos contra el enemigo: cruzan por entre los escombros y las

llamas como visión macabra, saltando a diestra y a siniestra. El turbión se pierde a lo lejos, entre los penascos cien leones que darán sangrando sobre la nieve; los otros fueron a preparar la revancha allá en Mendoza, donde los esperaba el cachorro de león de los bosques misioneros, San Martín.

Después de Chacabuco, varios camaradas de mi abuelo, hallaron sobre el picacho de la guta de la adivina, un destrozado nido de cóndor y junto a él un esqueleto y la osamenta de un cóndor.

Dice la leyenda que el cóndor, la noche de la toma de Paucagua, bajó hasta las ruinas y se llevó en sus garras el cadáver de la vieja adivina Sparín, a su desierto nido.

Edmundo R. Rossi

C. del Uruguay. J. Rios  
Barrio - (San Clemente.)

4

## Vaacaa...

(Leyenda.)

Cuando la noche cae sobre los valles frean-  
dinos y la nieve de las cumbres aparece tachada  
nada de astros, se oye el grito inusitado de  
un ave que va diciendo de quebrada en quebrada:  
vaacaa..... Monocorde y absurdo, creyera se voz  
de socorro, llamada por quien sabe que pájaro  
no extraviado. El pájaro bate las alas y en  
la aptitud ecóica de la sierra, aquel ruido  
se amplifica de tal suerte que semeja fragor  
de guardamontes. Después, a la luz tembladora  
de las estrellas, rese cruzar una sombra que  
vuela de cima en cima hasta hundirse en  
el abismo.

Aquella noche de Enero, habíamos acam-  
pado, diez leguas cordillera adentro. Como  
me llamara la atención el grito humano  
de ese pájaro, pregunté a Wenceslao, mi com-  
pañero de andanza:

- ¿Que significa?

- Es el alma de Odilón Zelaya, que nos anun-  
cia mal tiempo. Cuando los pasajeros, corren  
peligro, se adelanta a la tormenta.

- Pero..... esto es muy extraño.....

Escuela Elem. No. 23 -

Maestra Clara A. Sola de Villalunga  
Tombosq. la maró - Cur. Camp -

- Bien, ya te contaré; pero, de prisa, busquemos resguardo. De un momento a otro tendremos ventisca; claro, no de las bravas, porque es cénero y la borrasca pasará como tormenta de verano.

Estuve a un punto de no creer en el presagio de Wenceslao, ese hombre sin far que allá en la dulce vega de Chaurumayo es poeta, varón de consejo y amansador inimitable. ¡No, no podía equivocarse! Pero estaba tan sovia la noche, y el valle, tan músico y fragante. La flor del cardo, la azucena campesina, el corpus; el río trovador, y en los remansos las estrellas que bajaron del cielo como un rebaño rediento. ¡Ah hora de serenidad!

Con urgencia descendimos hasta una quinta salvadora. Al poco rato se oyó lejos un temblor inaudito. Era un rodar de aludes; el pequeño carámbano de nieve (bloque y peñón hasta convertirse en montaña de hielo), desatado de la cumbre, al ir de riego en riego se hizo bloque y peñón hasta convertirse en montaña de hielo derrubada al bajo. De ahí que trepidara su cordillera. Luego el viento huracanado a rifa

gas frías y calientes; y en alas del vendaval los  
 tempanos que no tardan en lievarse alto-  
 car la zona cálida. ¡La ventisca! Pero fue rá-  
 pida. Se serenó el viento. Los turbiones que  
 bajaban de la ladera sostenían un tono  
 musical antes de volcarse en el cauce del arroyo.  
 Entonces el río alto de agua, y poderoso de  
 empuje, ejecutó en el arpa de los cerros la  
 rapsodia más inenarrable. Pasaron dos  
 horas y el torrente fue acallando en melopea  
 bárbara hasta la serenata de amor a cuyo  
 arrullo se bañan las driadas montañesas,  
 mientras espían los duendes.....

De nuevo el grito: vaaca, vaaca....  
 pero más dulce ahora, como tocado de consuelo.  
 Tome entonces el revólver, resuelto a disparar  
 lo contra ese pararrayo de la borrasca que  
 de un momento a otro pasaría sobre nuestras  
 cabezas. Curioso por conocer el extraño pájaro  
 estuve alerta, esperando que asomara.

— ¡No! Ni se te ocurra bamaña profanación,  
 gritó Wenceslar. Si tú matas el ave, no sal-  
 drenos más de la sierra. Hubo quien atentó  
 en contra de ella y fue víctima de los elementos.  
 Ya sabes; mucho cuidado!



Luego, Wenceslao, me sacando con la mano, su hermosa barba cirate, me narró:

— Cuenta que era un tal Odilon Zelaya, mozo un tanto atrevido y voluntarioso. Único hijo habíase criado gastador y de maftalante. A las puertas de la pobreza, le llamó el viejo cierto día y le amonestó severamente. «Te le dijo, arrea las vacas que quedan hasta los invernaderos de Vinchina. Con algunos meses de pasto y una vez llegado noviembre, nos iremos a Chile en busca de buen mercado.

«Con que oye mi orden y no haga de las tuyas» Pero ¿qué hizo Odilon? Montó la mejor mula y arreó la vacas. Al llegar a Vinchina se detuvo apenas dos días, y en contra de las palabras de su padre empujó la hacienda cordillera adentro. Precisamente no era el tiempo del tránsito; sin embargo trepó las cuestas y se aventuró por quebradas inhospitalaria.

Hacia un frío sin comparación. Odilon vio con estupor que las vacas, una a una iban quedándose heladas e inmóviles. Luego la nieve las cubría y semejaban una tropa de fantasmas. El mozo que tenía coraje,

afirmó las espuelas, gritó con rabia, ¡vaaca! y amenazó con el puno cerrado a la montaña.

Aun quedaban diez novillos con vida.

La mula se detuvo, queriendo volverse y dió un bufido. ¡Mal evento! No tardó el huracán y la nieve: y mula y jinete rodaron al precipicio habidos por la nevaseca.

Corrió el tiempo: El alma de Otilio Zelaya se transformó en pájaro, condenado a denunciar el peligro a los caminantes cuando sus buenas obras lleguen a la cuenta fijada por Dios, entonces se salvará. ¡Cuál es el número? ¡Tan sólo la montaña lo sabe!

César Carrizo

C. del Uruguay - E. Rios.

7

Barrio (S. Clemente) -

## La milonga.

Los payadores poblaron un día las pampas, con sus originales improvisaciones. Fue una riqueza a imaginación y ternura, y se atesoró espumante en los cofres de los corazones. Dejando, imperecedero, el perfume de alma, como un beso muy hondo, muy inmenso.

Y para la música de la controversia, idearon una denominación extraña, cometa del idioma, que surgiere un poder de fantasía, creativo y propio: la milonga.

Esta música fue el himno libre de las pampas, el que coronó los reyes de la raza: el poeta gaucho. De aquella tradición apenas si existe un vestigio. Salta a flor la rida, en ocasiones, como una luz del fondo de las sangres. Pero ya no es la concepción flamante, la maravillosa facultad pristina; es sólo un remedo del contrapunto clásico. O un eco, lejano, parodial. Algo así, de grandes felisidades, el precioso fragmento olvidado, deslucido al vocalizarlo, de un libro muy viejo.

De palo a pique la caballada, como un murallón, la pulperia casi no se ve. Algunos

Escuela Eleus. Vol. N.º 23

Escuela - Elvira O. de la Villa

Personas que la usaron. A. D. de los López.

caballos dormitan, con la cabeza agobiada al suelo. Otros, de rienda arriba, permanecen en el sitio, quietos como clavados, de veinticuatro horas atrás.

Se ha entrado el sol, es la hora en que los espíritus se remontan felices. Los "mamados", como que ni siquiera los dejaron "echar una de a pie para desentumar las tabas", no hallan que hacer a' esa hora, para ponerse de manifiesto, en sus gracias, ó sus presencias balanceantes. Uno da un grito, es tridente y terrible.

- Eh, Socón, ¡que grito pega!

- El que se mania grita. ¡Pif, pif... piiiif, piiiif!

- ¡Vaya a' gritar fiero!... ¡cómo indio este condenado! Otro, en un rincón, con la cabeza sobre el pecho, lagrimeando:

- Oh, mi madre... ¡si se acordará de su hijo?... ¡tan desgraciao!

- Bah, bah... Todos mamarse pa que se acuerden e la pobre madre.

El bolichero coloca en alto un mechero a' tres sene, que empieza a' humear hediondo. La atmósfera turbia reinará toda la noche.

Introduce en una botella una vela encendida y la eleva al tope de la ramada, como un imán de perdición sobre el campo.

- Ah, sí, y tu farol . . . . .

En la penumbra vengorosa que determina la conexión de las luces, la artificial del mechero y la del día que entra en ráfagas moribundas, la figura del bolichero toma un cariz extraño. Se le encera la piel, los huesos de las facciones se le derrudan, parece espectro. Está solo. Un enrejado de hierro terminado en puntas de lanza, corta por el borde del mostrador el ámbito del boliche y la ramada. La indole brava de la gente y el temor del negociante ha creado este valladar típico. La ramada es un cobertizo adfunto al rancho, sin pared en toda la extensión del mojinete. Allí, de pie, y sentados en cajones vacíos y latas grandes, se agrupa el paisanaje, deseoso de prolongar la fiesta del Domingo toda la noche. Y, si se ofrece, y anda bien el monte, todo el lunes. El bolichero despacha por entre los fieros como una fiera amaestrada. El mulato Peñalva, que lo ha observado en la metamorfosis que adquiere con los efectos de luz, lo chunga.



- ¡Pero animal fiero mataron los ferros!.....  
¡Bendición!... ¡Qui' habría querido hacer Dios  
d'est' endino?

- ¡Lo corvo, cincho, y peles! - de rapia «enrispado»  
don Natividad. - ¡Y tomen lo que quieran!

- Pa correr o' cinchar ya es uno de noche,  
afuera no se ve ni lo que se conversa.....  
Y pa peliar es mal tiempo, hay muchas mu-  
cas tuavía. Era Natividad.

- ¡Canto la milonga al que se baje!

- Eso es; una milonga e' contra punto fiden.

- Alcancele'n la viola. Echa' pa ca' la cuevoda-  
da, güingo.

El bolichero alcanza la guitarra. Entre los has-  
tes amarillos, se le señala patentes la impre-  
sión de las gemas, en pétalos de rosa. La prima,  
segunda y tercera, parecen hilos de acaneto.  
Produce en el paisanaje el efecto de un recién  
venido, de lejas tierras, que fuese muy querido,  
o' de la familia de todo. Las bocas describen los  
dientes en sonrisas carinosas, cada una tiene  
un primor. Hay que verlo.....

- ¡Quien toca?

- Lo no sé. Uno canta y usté..... abre la boca.

- So agüela.....

- Aquí hay un guitarrero.

La está don Natividad medio arrodillado, de pe-  
chos cari sobre el guitarrero, la boca junto a la  
boca del instrumento, como echándole adentro  
la copla:

Vamos a ver caballeros,  
la milonga está formada,  
a ver si hay un milonguero  
que se atreva y la deraga.

- ¡Viva! ¡lindo! ¿A ver quien lo topa?... - El  
regocijo adquiere tonos de mar murmulante.  
Don Natividad no mira a nadie. Entona co-  
pilas, seguidas, como desde abajo del ala de su  
memoria. De pronto recuerda a alguien y lo  
busca con los ojos en el auditorio. ¿Dónde está  
en contrario, el que una vez lo revolcó en paya-  
da de afición, en la cocina de la estancia?

Cuando lo descubre:

Delen caucha al charabón,  
que s'ha echao en la midada,  
dejelón puntear al llano  
pi' hacerle parar las patas.

Todos miran a Penalba. Sigue un tiroteo de desafío,  
en coplas travieras. Las risas se hacen mortificantes.

Cante, cante compañero,

¿Por qué se ha callado tanto?  
parece que le han cosido  
la boca con hilo blanco.

Al empujato le brillan los ojos, los baila deca-  
rosagado. De pronto erige el busto:  
locarigan rayos y centellas  
tras de trenes y reposilos,  
que si por mí es la garuga  
ya podría haber llovido.

- ¡Aura! ¡aura, pues!.....

- Dos pesos en contra' el pisco e' no nativida!  
¿Quién me toma la parada?

- ¡Noide le fia ni medio! Den usura.....

- No mendiguen ventaja. ¡Ninguno e' los dos es  
mudo!

- Les que va medio agitadón.....

- ¡Gringo!.... Sirva las copias.

- ¿Cuántas?

- ¡Eche hasta que se derrame!

Don Cat. - ¡Diande sale ese cantor  
que canta tan firmamente?  
volé'l cuarto, apieré,  
de ensille, largo el flete.

Reinalva. - Me gusta que todos tengan,  
máunque yo no tenga nada,

me gusta llegar a tiempo  
y echar una eucharada.

Las cuerdas, en un compás de andanza, ama-  
can el sonido. No se improvisa, ni se fude tal  
primicia; todos se satisfacen y gozan con el  
remedo de tradición, el trozo, deslucido del libro  
antiguo..... La polémica es inconsecuente.  
Los versos, aprendidos de la rapsodia popu-  
lar. El mérito de ella consiste en saber mayor  
cantidad, acordarse en el momento, y colocar-  
los más o menos bien atinados.

Don Nat. - Atropellá qui'es quien campo,  
no hazis tu viaje de balde,  
no sea que por no cortar  
te vas a quedar con hambre

Otra explosión de güñilos. Aquí don Natividad  
se embuecha dos copas al hilo.

Reñalva. - Cuando vine a Güenosaires,  
Al pasar por la Catedral,  
me hicieron pagar cien pesos  
por una loca mamada.

- ¡ La le pegó en el ojo! Mamas, pero no pierde  
el tino.....

Don Nat. - Despacito, despacito,  
no te vas a refalar,

mira que un golpe en las piernas  
cuesta mucho pa sanar.

Penalva. - Señores, pregunto a todos,  
digo si han oído decir,  
de que en las manos de un flojo  
un guapo viene a morir

- ¡Vivaaa! ¡esa no es del pago! Que la güelga  
a cantar.

Penalva canta de nuevo la copla. Por la  
ansiedad con que se aspiran las palabras, se  
conoce que los mozos la apuntan en la memoria.

Señores, pregunto a todos,  
digo si han oído decir,  
de que en las manos de un flojo  
un guapo viene a morir.

- ¡Que verdá más fija, canajo! - ¡parece que  
cruza por las mentes, profundo, el fantas-  
ma de muchos bravos, que han muerto de  
un balazo, víctimas de un "manda".

- ¡Paro doble contra pencillo!

Las cuerdas se amacian en el sonido. Su-  
ben y descienden las notas como un ciprés to-  
noro por las quebradas. Un paisano le arri-  
ma al guitarrero el vaso de bebida a los labios;



lebe, sin alzar las manos ni perder el compás,  
estirando el pesamezo adelante. Afuera, la esco-  
ja de algún parejero impaciente canta en la  
noche su son de engranaje.

Todas las simpatías se ha declarado por  
el mulato, que no desafió, y sólo cumple la  
defensa de su honor. Don Natividad se pisa feo,  
y esgrime la zumba injuriosa:

Ya sé que sos albaendo,  
que tenís mucha fragancia,  
sarna te salga en.... la cola,  
te abarque toda la panza.

Desde el cajón en un brinco se ha plantado en me-  
dio de la ramada, el estibillo desnudo, al agua  
viva. Todos los paisanos lo abrazan, lo envuelven  
en un vórtice de atemperación

- No te haga caso, don Peralva, ta mamadezo.  
¡ Es gireño el pobre!

- ¡ No se ofiende a los hombres de barato, lo voy  
a poner mormoso a chulos! - Torceja. Brama.  
Hace lo imposible por romper el círculo.

Desde el mojineté franco de la ramada, don  
Natividad, con el talero dado vuelta:

- ¡ Afluejelen que no se borque!

Abino Dardo Lopez

C. del Uruguay - E. Rios -  
Barrio (San Clemente) - 12

## El Paará.

¿Habeis oido alguna vez el grito plañidero de un ave acuática, siempre y cada día que el sol se pone? - So os voy a contar - me decía un viejo Mocoivi - el origen e historia de ese pájaro que llora y llorará eternamente. Sentime a su lado, y él, en cuclillas, comenzó así su historia en el sencillo lenguaje del que refiere la verdad con sentimiento:

¿Sabéis, me dijo, que los chiriguanoos fueron un tiempo la tribu más potente y más guerrera de las selvas chaqueñas? ¿Sabéis nos dañaron con sus continuos ataques, reduciéndonos apestado en que hoy nos hallamos, agotados nosotros y hundidos ellos a su vez? Para eso el hombre soñó en la guerra, mostrándonos lo de bestia que una lleva en su ser.

Más anteparados, de la tribu Mocoivi, vivían en eterna lucha con la naturaleza para mantener su estabilidad, tenían extensos y ricos dominios; pero las selvas, las fieras y el estero son enemigos poderosos, para luchar contra los cuales, se necesita fibra y constancia.

En una época muy lejana habían llegado

Escuela Clemente N° 23.

Quanto: Ghira A. Loda de Villalunga

Personas q. la narró: Tomás E. Ortiz -

a acumular, porque no se dedicaban a la guerra, grandes cantidades de pieles, miel, cera, algarroba y muchos otros productos que vendían a los guaraníes que a su vez los transportaban a las tierras del Sur. Por entonces no habíase presentado compradores y los toldos estaban repletos. Un día que volvían de caza, rendidos de fatigas, fueron rodeados por la tribu de los chiriguanos, que traían por jefe a su cacique Tamí.

La violencia del choque los sobrecogió de espanto, y aprovechando el estupor, mataron gran parte de los hombres, llevaron las mujeres jóvenes y su aprovisionamiento todo, e incendiaron las tolderías, consiguiendo salvarse nuestro cacique Tamí.

La cara seca y apergaminada del Uco vi se contrajo en un gesto de dolor y dedicó a este recuerdo una lágrima que corrió por su mejilla como la última hoja del árbol que muere de frío.

Y continuó: Entre las mujeres que llevaron, iba Cael, la hija de Tamí, hermosa muchacha que era todo el cariño de sus padres.

Llegaron los chiriguanos a sus toldos

conduciendo el rico botín y desde ese día, ya aprovechando aquellas riquezas, toda la tribu comenzó una vida de desenfreno y de orgía. Cael, al principio, rebacia a la querrelas de amor que le llevaba Cahué, fue poco a poco cayendo vencida, cuando la asiduidad y delicadas caricias del cacique hirieron su corazón. Día a día Cahué colocaba a la puerta del toldo de Cael, primorosamente hecho con arcos de yarabato y techado de pieles de coati, hermosos ramos de flores de guayacán, de jazmines celestes y de orquídeas variadas. Es así el corazón de la mujer, sensible, delicado, no sin retribución se le dedica cariño, porque le devuelve con creces; y así fue como Cael, entregó su corazón a Cahué.

Al caer la tarde, salía una vez la enamorada pareja, para, en rueda de la tribu, hacer su simbólica unión, bailando alrededor del médico y brujo, a la que siguió una desenfrenada orgía que secundaban en el bosque con estrépito los caraya, los losos y los tucanes.

No mucho tiempo duró la felicidad de la pareja y la tribu; los hombres, agotados por el desarreglado vivir, habían tan-

quidescido y, degenerados por los vicios, no eran ya los robustos chiriguanos de ayer. Por lo demás, Nami no había jamás, un solo instante, olvidado a su tierra y querida hija, y la verganza, manteniendo en tensión su espíritu, hizo un día estallar la furia; y arrojando a sus capitanejos y reunida toda la tribu Mocoivi, se lanzó como el viento que arrasa las selvas, como la mar bravia que azota los costeros penascos, sobre las tribus chiriguanas que, convertidas en sa'trapas del bosque, vivían en la molición.

Pudo, no obstante, fué el golpe, pero triunfaron mis antepasados; lanzóse Nami en busca de Cael y penetró a su toldo en el preciso momento en que ella dedicaba a Bahú sus más tiernas caricias; espantado quedó el uno, furioso el otro, y llamando al vencedor a algunos de los suyos sujetaron a Bahú.

El desdichado chiriguano fué condenado a muerte por depredador, y a la desdichada Cael, el brujo la transformó en ave por infidelidad a su tribu.

El sol caía sobre el horizonte, tiniebla de rojo la chaquena selva, y reunida la tribu ven



cedora colocaba amarrado a un inmenso que-  
 bracho, a 'Cahue'; danzaron los guerreros, moco-  
 vies, fieros ante su víctima y, a una orden de  
 Tarniu, clavaron en el pecho de Cahue sus lu-  
 cientes lanzas de jacarandá; mientras el ago-  
 rero tomaba a la espantada Cael y con es-  
 tranos conjuros la convertía en Tacará.

Desde entonces y para siempre, cuando  
 el sol recuesta en dorada melena en los tim-  
 bó; y proyecta su luz rojiza en los esterates, se  
 escucha la voz plañidera del ave que lleva el  
 alma de la desdichada Cael, llorando a la  
 memoria de su adorado Cahue'.

Dijo el viejo Mucori, puso la rugosa fren-  
 te sobre su mano derecha y un hondo y pro-  
 longado zollozo ahogó su voz en la garganta

Coribio C. Ortiz

(Copiado de  
El Kacuy - R. Rojas!  
(Leyenda)

Vive en la selva un pájaro nocturno que al romper el silencio de las brechas, estremece las almas con su canto. Ésa ave tiene una historia, y es la tragedia de su origen la que evoca su grito lastimero, ayeando entre las arboledas tenebrosas.

En época muy remota, dicen las tradiciones indígenas, una pareja de hermanos habitaba su rancho en las selvas. Solo vivían desde la muerte de sus padres, sin que la comunidad de su sangre hubiera atenuado las diferencias de sus idiosincrasias antagónicas. Él era bueno; ella era cruel.

Desesperado abandonaba en ocasiones la choza, internándose en las marañas; y amainando en el aislamiento sus iras, la mala se apaciguaba hilando alguna redija en la rueca ó tramando una colcha en sus telares.

Vagando el triste por las umbrías, pensaba en bella: las algarrobas más gordas, los mistoles más dulces, las más razonadas tintas, llevábalas al rancho.

Escuela Elem. N.º 1.º 23.

Maestra: Elvira de la Bola de Villalonga

Persona que le narró: Ricardo Rojas -

Vivian de los frutos naturales en aquel siglo de Dios.

Hay traía a la casa un mitilo atrapado a garroté en el exterior cercano; o bien un sábalo pescado en fisga en el remanso del río; si no un tirtincho de la baranca próxima o algún panal de la chiguana, traenando rubio néctar por los simétricos alveolos.

Todo esto le costaba trabajo y pequeños dolores; pero ella mostrábasele indiferente, como gozándose en sus penas..... Volvió una vez sediento, fatigado, tras un día de infructuosa pesquisa, pues como reinaba seca, estaban yermos y en escases los campos. Pidió entonces a su hermana un poco de hidromiel para beberla y otro de agua para restanarse los harponazos. Trajo ambas cosas, mas en lugar de servirse, derramó en su presencia la botijilla con agua y el tupo de miel.

El hombre una vez más ahogó su desventura; pero como al día siguiente volcara la ollita donde se coccionaba el loco de su refrigerio matinal, la invitó

para que le acompañase a un sitio no distante, donde había descubierto miel abundante de moro-moros. Su invitación encubría espalleros designios de venganza.

El árbol, donde debían encontrar el dulce néctar, un abuelo del bosque, era de gigantesca talla. Cuando llegaron a su pie el persuadió a ella de que debían operar con cuidado, buscando beneficiarse de la miel, sin destruir las abejas pequeñas, pues se repetirían historias de meleros desaparecidos misteriosamente a manos de un dios invisible que protege las colmenas... Sobre la horqueta más alta hizo pasar un lazo; preparando en un extremo una lazada, a guisa de columpio, para que subiese su hermana, bien cubierta por el poncho, para defenderse del enfambre ya alborotado por la maniobra.

tirando del otro extremo a manera de corrediza blanca, la colvió en el aire, hasta llegar a la copa; y cuando ella se hubo instalado allí, sin descubrirse, él empezó a simular que ascendía por el tronco, desgajándolo a hazazos (mientras descendía

en realidad. Sufrió después el lazo, y huyó sigilosamente.....

Pera quedaba en lo alto la infeliz.  
Transcurrieron instantes de silencio.  
Ella habló.

No le respondieron.

Como empezaba a tener colerantó la mantita que la tapaba dejando apenas una rendija para espiar.

El zumbido de los insectos la aturdió, pues el armado enjambre revolaba furioso en derredor, vibrante de trompas y de alas. Ciega de horror y de coraje, se desentozgó de súbito, así la acribillasen los moro-moros; y al descubrir el espacio, el vacío, el vértigo la dominó.  
¡Sola, sola, sola para siempre!

Abandonada a semejante altura, sobre un tronco largo, liso, sin otras ramas que aquella a que se aferraban sus manos prietas en construir de mudo, espiaba para ver si el hermano parecía. La acometían deseos de arrojarse pero la brusquedad del golpe la paralizaba.

Mientras tanto la noche iba descendiendo en progresiva oscuridad de sombra.

Nunca se le mostraron mas pavoroso cielo ni más callada la breña. Tuvieronle ansias locas de perderse en lo ignoto, de llenar el silencio de un solo grito. Mas se le arañaba la garganta muda y la lengua se le pegaba en la boca con sequedad de arcilla.

Corría como si el abrego la azotase con su punzante frío y sentía el alma toda mordida por implacables recordamientos.

Los pies en el esfuerzo anómalo con que sentían su rama de apoyo fueron desfigurándose en garras de buho; la nariz y las uñas se enrobaron; y los dos brazos abiertos en agónica distensión enplumecían desde los hombros a las manos. Dispnea asfixiante la estranguló y al verse convertida en ave nocturna con impetu de valor arrancóla del árbol y la impulsó a las sombras.

Así nació el Trauco, y la pena que se rompió en su garganta llamando a aquel hermano furcivoro, es el grito de contrición que aun resuena sobre la roca de los bosques natales, gritando:



- Turay!  
..... Turay  
..... Turay 1.4.

Ricardo Rojas

1. Hermano mio!

C. del Uruguay - F. Rio -  
Barrio (S. Clemente) 18

## La muerte del Cacique.

(Episodio de 1874.)

Catriel procedía de la raza bárbara que dominara por siglos la inmensa pampa. Descendiente de Carrupilón y de Lincoln, con sangre querandi y ranquel en sus venas, su brazo tenía la pujanza de un atleta y su cerebro se iluminaba con los fulgores primarios de la pasión. Había visto caer, una á una, las ramas del tronco indígena, y en las soledades del desierto, allá donde «ni el condor se aventura», la indómita impulsión ponía en sus gritos la vibración del estertor y el eco de reivindicaciones supremas. El «estriano», paciente, feroz, astuto, rico en dinero y en armas de guerra, avanzaba siempre, avasallante y exigente, cerrando la Pampa con los «corrales de alambre», y deteniendo al indio, al hijo del sol y del aire, más allá de los rios nativos, de las piedras familiares, de los valles sólo cruzados por el potro y el avechey. No hay medio de doblegar á esos soldados de sable y fusil, que resistían como ellos á las inclemencias del tiempo, que peleaban y morían y que volvían á combatir siempre, como si resuciasen.

Escuela Clara. N.º 23.  
Escrita por Clara O. Cook de Villabona  
Reservado el nombre: Manuel M. Obis -

taran al conjuro del «gualichu».....

El último cacique rey y señor de tolderías y aduares, arrogante e inquieto hizo brillar su valor en los formidables entreseros de la frontera, y más de una virgen blanca de rubias quecejas, estremeció las ancas del corcel del centauro, mientras trasponea veloz lo ignoto, el misterioso y desolado desierto, dirigiendo la tromba de muerte y de rapina.

El caballo facilitó la guerra al guerrero, viajero sobre sus lomos; le enseñó nuevos territorios, otros horizontes, otras regiones; le hizo más ágil, más audaz, y en él, como el burro, se sintió más bárbaro, si cabe. La lagza y la boleadora aterraron cuatro siglos. Los conquistadores trajeron al noble cuadrúpedo para recobrar la Pampa. La Pampa lo multiplicó sobre su planicie ubérrima, y el indio se sirvió de él para defender su «patria» invadida y hollada por gente extraña.

Loete aquí con Catriel, frente insuperable y asombroso, reunió a sus miles de indios cierto día de Septiembre de 1874, en las márgenes del Salado, y les habló con elocuencia, Embra-

yando con gesto los rotundos períodos de su verbo. El, Catriel, o' Catrieco (pájaro zambullidor)<sup>†</sup>, ligero como la pluma, nadador como un pato, pies de avestruz y lanza como rayo que cae del cielo, se había aliado con blancos para atacar a tropas de la "Ciudad Grande", que lo perseguían a porfía. Del salado se iban de un galope hasta la población cristiana, y allí tendían de todo, mujeres color de luna, bañales, yerba, azucar, aguardiente, plata, cintas y cascabeles... El Catriel terminó su discurso entre caridos, puchadas, carreras y relinchos agudos.....

- ¡ Ah! - volvió a gritar - ¡ Al que de vuelta lo lanceo por la espalda!

Su sagacidad indígena fué superada por la diplomacia de la política gauchescas de la época. Catriel, heroico y vandálico, tenía la inocencia del niño en los achaques de la vida civilizada, y él, y sus adictos, sirvieron a una revolución ajena a sus hábitos y exótica para su ambiente. La revuelta terminó en la batalla de la Verde, que según Nicolás Avellaneda, no tiene otro parangón que la de Leonidas contra las legiones de Jerjes en las Termópilas.

(1.) Definición contenida en un estudio del general Edelmiro Mayer, 1876

La indiada se había dispersado, y Catriel, de-  
gaba, ceñudo y triste, solo y abandonado, a las cer-  
canas de Clavaria; allí un grupo de sus an-  
tiguos guerreros, reducidos por promesas fal-  
sas, lo apresan, lo sujetan, y lo colocan en el  
cabo. Así lo entregan al Coronel Julio Campos,  
siendo el encargado de la misión o de la traición,  
el mismo hermano de Catriel, Juan José.

El aguardiente había corrompido en un  
siglo a los bárbaros, envenenándolos e incitan-  
dolos a las más horrendas reversiones, y entre  
ellas ni las más simples que emergen de la na-  
turaleza mismas primaban ya.

Fue condenado Catriel a la pena capital  
allí, frente al rancho del coronel, mientras le  
observaban con mirada dura y recelosa los  
pampas cometidos.

Amaneció una hermosa mañana de di-  
ciembre; las sierras reladas por una nie-  
bla tenue, quebraban la uniformidad  
del valle, y la luz del sol hacía resaltar en  
el iris la belleza del panorama.

Las tropas del Coronel Campos se a-  
lejaban, cuando se le ordenó a Catriel ponerse  
de pie. Vestía chaquetilla militar

Vestía chaquetilla militar chiripá y botas, cubierto con ancho chambergo. Juan José, como Cain, lo ató al codo con codo, mientras el prisionero lo contemplaba silencioso, con un gesto indefinible de ira y de impotencia.

Hechos estos preparativos, un «pampa» acercó un caballo, sin apuro, y sin freno. — Catriel lo reconoció: era su mejor amigo, el fiel, el abnegado parejero que lo acompañaba en cada travesía.

— ¡Montá! — gritó Juan José. — El cacique, de un salto que envidiaría un profesor de equitación, se afirmó en el animal, al mismo tiempo que Juan José le arrojaba sobre los hombros un amplio poncho.

El parejero, brioso y arisco, dió un bote y se alejó del grupo, iniciándose una persecución tenaz, invencible, de la que Catriel, maniatado, quería escapar, previendo la sentencia de muerte que pesaba sobre su vida.

¡Bella figura la del rey aborigen, bronco, angustiado, huyendo al azar, sin medio de defensa!

De improviso, le alcanzaron los indios, y



entonces, ~~se~~ vió al Hércules romper las liga-  
duras, con impulso de coraje y de suprema  
desesperación, hacer frente a los verdugos, a-  
manear a uno de ellos su lanza y acomete-  
ter con furia contra todos. Los peampas  
vacilaron, acobardados.

Juan José comprendió el riesgo de perder  
su presa y animado de los suyos, rodea-  
ron a Catriel, y la refriega de uno contra  
veinte resultó un cuadro trágico y épico.

Medio hora después, el cadáver de  
Catriel, el poderoso cacique, yacía al pie  
de la sierra, mientras el parejero huía  
por una senda, rumbo a la Guereencia  
cubierto de la sangre del «pájaro gambullido».

Mamuel María Oliver

---

O. del Uruguay - J. Pios  
Barrio S. Clemente, 21

## Otras creencias supersticiosas y agorías sobre: animales, pájaros, plantas y fenómenos naturales.

Cuando en el campo se juntan muchos  
animales y petosan, es creencia muy remo-  
ta, que anuncia lluvia o mal tiempo.

Cuando aullan los perros es presagio  
de muerte y lo hacen mirando para el  
lado donde sucederá; según creentan de-  
be darse vuelta la zapatilla para evitar  
o cortar el aullido.

Pasando muy amenerado la lechuga  
por una cara y siendo en grito, como  
que corta repetidas veces anuncia muerte.

Si ella visita una casa trae enferme-  
dad y se cree que haciendo en el aire una  
cruz y diciendo "cruz mandinga o cruz diabla"  
anyehita el presagio. Si la lechuga gol-  
pea una puerta trae noticias.

No son menos las creencias  
que se tiene a 'cerca del carpintero: si  
este pica en palo seco, dicere que labra el cajón,  
por lo tanto anuncia muerte y si lo hace  
en palo verde, noticias, cartas.

Escuela Elem. d. el N. 23.

Muestr.: Elina O. Sola de Villalarga

El bien te veo que quita en una casa le  
trae buenas noticias.

Las simpáticas palomitas de arena  
llamadas comunmente de la virgen, traen  
desgracia a la casa que las aprisionan.

Cuando las palomas grandes, o criollas  
tratan de abandonar su palomar a-  
lejándose de a una o varias, créese lo  
hacen huyendo de la desgracia en que  
caerá dicha casa.

Respecto a las plantas hay miles de creencias  
pues continuamente oídos contar alguna  
a personas muy antiguas. Así se oye decir  
que el Pipi, planta que crece como un ar-  
bolito pero muy pequeño, trae suerte a la casa  
siempre que se le tenga oculto y a la derecha  
de la entrada. Lo mismo la ruda, evita  
todo daño o mal que quiera hacerse a  
la casa que se le plante a la derecha de la  
entrada otros creen debe estar del lado donde sale el sol.

Las grandes tormentas o huracanes son  
evitados o llevados a otro lado, clavando un hasta  
en el suelo y las grandes mangas de piedras  
son elevadas a otro lado haciendo en el  
suelo una cruz, con ceniza, según cuentan  
ciertas viejitas antiguas.

**FOJA EN  
BLANCO**

le  
ras  
aen  
n.  
iolla  
a.  
lo  
re  
rias  
ra  
decir  
ar  
oasa  
esha  
ta  
le a  
de la  
ele d  
son  
acha  
ras  
el  
estau